

La Ciencia Social en la Sociedad Contemporánea

(Un Planteamiento)

*Por el Dr. José MEDINA ECHA-
VARRIA. Profesor de Sociología
en la Universidad de Puerto Rico.
Mención honorífica concedida por
el Segundo Congreso Nacional de
Sociología celebrado en la ciudad
de Guadalajara, Jalisco, República
Mexicana, del 12 al 16 de octubre
de 1951.*

I

AL encararme con uno de los temas más dramáticos del momento sólo pretendo, que podamos salir de la aventura con un contorno medianamente claro de las cuestiones que pudieran ser objeto de una meditación ulterior. De que tales cuestiones estén o no bien planteadas depende el éxito de una empresa en que todos somos más o menos partícipes. Es decir, partícipes aunque no queramos o no lo sepamos de un modo claro. Ya que la cuestión que se debate es si podemos o no confiar en lo sucesivo en la ciencia social como guía en la resolución de nuestros problemas cotidianos. De ahí el dramatismo de que hablaba. Si perdemos toda esperanza en el valor orientador de la ciencia social, no sólo sobramos cada una de sus cultivadores, sino que todos, nosotros y los demás, como simples hombres y ciudadanos, hemos de renunciar a cualquier propósito de dirigir racionalmente nuestra conducta política y social. Si nos mantenemos, por el contrario, en esa esperanza, ella no es incompatible sino que exige

más bien un examen de la situación actual de nuestra ciencia y de lo que parecen sus fallas. Por eso, en la medida en que me alienta la fe en el valor para la conducta de la consideración racional y científica de sus condiciones fines y medios, es por lo que me parece necesario un análisis del estado vacilante de la ciencia social en estos momentos. En mi opinión, las dificultades con que tropieza la ciencia social en nuestros días se deben a que se ha de aplicar a una sociedad que presenta estos tres caracteres: el de ser una sociedad crítica, el de ser una sociedad heterogénea y el de ser una sociedad dominada por tendencias nihilistas. El examen somero de cada uno de estos caracteres en sus conexiones con el desarrollo de la ciencia, nos ofrece el cuadro de los principales problemas y con ello la posibilidad de plantear con mayor precisión aquellas cuestiones que han de ser resueltas si queremos recuperar para nuestra vida el sentido y razón de ser de la ciencia social.

Los problemas de una sociedad crítica

Lo que sea una sociedad crítica es hoy, por desgracia, cosa bien conocida. Hablar de una sociedad crítica equivale a hablar de una sociedad desorientada, la cual presenta esa fisonomía porque las normas y modelos para la acción se muestran confusos. Se sabe o se pretende saber que cierto número de las pautas hasta un momento determinante no pueden realizarse en lo sucesivo, pero no se conocen con igual claridad aquellas que han de sustituirlas. Por eso la existencia aparece como abierta a un vacío cada vez mayor. Sondar en él o inquirir por sus causas profundas no es cosa ahora de mi incumbencia. Nos interesa tan solo saber qué pasa en coyuntura semejante con la ciencia social. Pues nada es más explicable como que en tales momentos de desorientación se acuda a los consejos de las ciencias sociales para encontrar un camino y una seguridad. Más ello ha ocurrido a las veces con tanta ingenuidad, que la desilusión por el fracaso ha sido en consecuencia tan amarga como exagerada. A la idolatría del especialista ha sucedido su completa denigración. Ambas cosas evidentemente fuera de la medida y de lo justo. La desilusión ante la ciencia social tenido lugar cuando se ha invocado el consejo de sus representantes para la resolución de problemas urgentes y éstos se han excusado con diversos subterfugios teóricos de dar alguno o cuando, de ofrecerlos, aparecieron entre sí notoriamente contradictorios. En ocasiones la solución "a la larga" parecía sin duda discreta, pero nadie tenía paciencia para

tan gran espera, pues había de procederse al siguiente día. Ha sido esta peligrosa desilusión del hombre medio la que, como llamada de alarma, ha llevado a los propios científicos a meditar sobre su tarea y a inquirir en las causas de la ineficacia práctica de sus construcciones teóricas. En lo que pudiera denominarse señalamiento de síntomas o descripción del problema parece existir coincidencia completa. No así en el verdadero diagnóstico, ni menos en el plan curativo. Pues se está de acuerdo, en efecto, en que existe a menudo una acentuada disparidad entre la teoría, que aparece como una construcción fija y estática, válida para siempre, y una realidad en permanente fluidez que se defiende de todo intento de apresamiento teórico. De esta suerte, tenemos por un lado una teoría perfecta en su coherencia lógica, que resuelve en sus mayores detalles todas las cuestiones que se imaginen dentro de sus postulados, más por otro, una realidad rebelde a esa coherencia, que plantea de continuo problemas fuera de los supuestos correctos de la teoría y que, por tanto, no pueden ser resueltos mediante ella. Claro es que una solución consiste en pensar que si la realidad no encaja en la teoría, tanto peor es para ella, y en consecuencia continuar imperturbables en el mundo cerrado de su elaboración pura. Pero ésta no es la posición dominante. Nos quedan empero dos posibilidades. Una radica en la renuncia a toda teoría. La otra es dar con una teoría que sea efectivamente capaz de interpretar la realidad.

Realidad y Teoría

La primera posición no es infrecuente en nuestros días y se traduce por una actitud reverencial ante los hechos. Con inadvertida ingenuidad metodológica se parte de la idea de que si la teoría no apresa la realidad es porque no está suficientemente nutrida con los hechos necesarios y que lo requerido es indagar en ellos sin ninguna preconcepción teórica. En el caso mejor, sólo cuando tengamos conocidos un número considerable de hechos será posible anunciar alguna teoría acerca de ellos. Mientras tanto, es preferible atenerse a los datos mismos antes que a una doctrina falsa y despistadora. Hay en esto un merecido correctivo a la especulación sin base en que se incurre con tanta frecuencia en ciencia social, pero significa también un movimiento exagerado del péndulo y postula algo que es irrealizable y sin sentido. Primero, porque si se afirma que la sociedad es flúida y siempre cambiante, perseguir los he-

chos y sólo los hechos significa entregarse a una corriente sin término, a una tarea infinita. Pues nunca sabremos así cuál es el estado buscado, o sea cuál es el fenómeno que, por su importancia para lo que perseguimos, merece destacarse como hecho. No haremos sino sumergirnos, más desorientados todavía, en el movimiento sin tregua de la realidad. Pero, además lo que actualmente ocurre con el que sólo pretende atenerse a los hechos repudiando toda teoría es que no hace sino afirmar una implícitamente, que es a menudo en exceso simplista y tosca. Y tiene que ser así de modo necesario porque la más sencilla clasificación de los hechos lleva consigo un principio teórico ordenador. Nada tiene, por eso, de extraño que el puro amontonamiento de hechos y de pretendido análisis cuidadoso sea incapaz de darnos orientación alguna o que sólo nos ofrezca aquella que subrepticamente habíamos introducido en ellos de antemano.

Una teoría dinámica

La segunda postura, en sí metódicamente correcta, suele llevar consigo un intento de explicación del problema que nos ocupa, pues al menos tiene conciencia de que existe. Lo que explica que hoy nos encontramos con frecuencia con la tesis siguiente: Cualesquiera que sean las explicaciones ulteriores que puedan darse del fenómeno de la crisis, para la óptica especial del sociólogo —en este caso, de todo cultivador de la ciencia social— se trata por lo pronto de algo que se da en una sociedad sujeta a un proceso de cambio acelerado. En una sociedad de tal naturaleza la crisis se ofrece, de modo necesario, con los caracteres antes apuntados, porque los cambios son tan rápidos que la capacidad de adaptación va a la zaga de ellos. Dicho en otra forma, las transformaciones de que se es testigo se dan a la vez en tantos campos y a tal velocidad que se tiene la impresión de que no hay nada estable desde donde contemplar la realidad en su conjunto e intentar cierta previsión. En situación pareja, el trance penoso de la ciencia social es bien fácil de explicar, pues no consiste en otra cosa que en que la teoría va también a la zaga de las mudanzas de lo real. La teoría tiene forzosamente que fracasar cuando, brotada de la experiencia y la vida de una sociedad estática o relativamente estable, se intenta aplicar a otra sociedad que es radicalmente dinámica. Tal ocurre en nuestros días. Vivimos, se dice, en una

sociedad que en todos sus componentes es tremendamente móvil; el movimiento de los unos acelera y estimula al de los demás, de suerte que a pesar de todos los “retardos” parciales que puedan señalarse, el panorama total es uno de cambio y transformación incesantes. Ahora bien, si para orientarnos en medio de esta sociedad hacemos uso de construcciones teóricas que prevenían de y eran válidas para otros momentos más apacibles o que, en méritos de la plenitud teórica, se han elaborado de espaldas a lo real, la consecuencia no puede ser más que el fracaso. Pero su razón no está en que hacemos uso de puntos de vista teóricos, sino en que éstos son inadecuados. Por tanto, lo que se necesita no es rechazar toda teoría, sino construir una que acoja en su seno el dinamismo de la realidad que trata de apresar. O sea, que por sus elementos y postulados sea por sí misma dinámica. La sociedad de cambio sin reposo en que vivimos nos exige, para entenderla y dominarla, una teoría que sea por sí misma la explicación y previsión de ese cambio. No hay palabra que más se repita en la ciencia social reciente que la de dinámico; y teorías que pretenden ser “dinámicas” se encuentran en todas sus ramas, en la sociología y en la economía, lo mismo que en la ciencia política o en la psicología, tanto individual como social. Hay aquí seguramente factores de moda y de contagio, pero en el fondo responden a actitudes metodológicas conscientes alimentadas por el carácter de nuestro tiempo. No es posible extenderse en demostraciones que confirmen lo anterior. Por vía de alusión, más que como prueba, me voy a referir al campo de la economía, en donde el proceso apuntado se refleja con más claridad quizá que otro cualquiera. El supuesto fracaso de la doctrina clásica ante los fenómenos económicos de nuestros días ha conducido, por una parte, al repudio de toda teoría con pretensiones de validez universal, tanto en el historicismo como en el institucionalismo, o a los diversos intentos de inyectar en el viejo esquema de la concepción ortodoxa nuevo vigor y sangre fresca. Son precisamente estos últimos los que se distinguen por adoptar puntos de vista dinámicos más próximos al proceso real de la vida económica. En términos generales puede aplicársele a todos lo que declara uno de sus formuladores. “La teoría dinámica, en vista de una investigación de tipo realista, tiende cada vez más a construir un nuevo sistema de coordenadas en donde la idea clásica de un equilibrio entre costos y precios se sustituya por la secuencia regular de las fases del ciclo económico”.

¿Sociedad estacionaria?

Ahora bien, el ensayo de salvación que supone la idea de una teoría dinámica sería inatacable si se reconoce que tienen ese carácter las tendencias que muestra la realidad. ¿Pero qué sucedería si en vez de una sociedad dinámica nos encontrásemos, al contrario, ante una sociedad que en su conjunto está entrando en una fase de estancamiento y quietud? La hipótesis de que nos hallamos en un momento contractivo de nuestra civilización no es en modo alguno disparatada. La posibilidad de que el período expansivo de la civilización occidental haya llegado a su término, comienza a ser comprobable en algunos de sus aspectos. La era de la colonización y de la expansión demográfica indefinida parece concluída. La crisis del capitalismo se interpreta por muchos como el momento final de un desarrollo que parecía sin límites en sus conquistas. Lo mismo ocurre con el crecimiento urbanístico. Si entramos, en efecto, en una era de “contracolonización”, quiere esto decir que no son las tendencias todavía aparentemente dinámicas las que hay que tomar en cuenta, sino las contractivas y estabilizadoras; y que en lo sucesivo van a imperar de nuevo, aunque con supuestos distintos, las preocupaciones por el equilibrio y el crecimiento orgánico. Y esto lo mismo en política y en economía que en la formación de ideales para la vida humana. ¿Qué haríamos entonces con nuestras teorías dinámicas?

II

Los problemas de una sociedad heterogénea

Más no basta todavía con la caracterización precedente. Pues la sociedad a la que debe aplicársele nuestra ciencia social no sólo es crítica sino marcadamente heterogénea. Es evidente que hoy más que en cualquier otro momento histórico todos los pueblos de la tierra se encuentran sometidos a influencias homogéneas que tienden a producir cierta uniformidad, notoria, al menos, en la superficie. Pero tampoco nadie puede negar, por debajo de ella, la presencia de corrientes semejantes en la vida social y cultural que pugnan por una uniformidad más profunda. Sin embargo, sería un error pensar que, dada la existencia de ciertas uniformidades, todas las sociedades de la tierra se encuentran en una fase semejante de su desarrollo. Al contrario, tales sociedades aparecen

todavía en extremo heterogéneas. Y esta heterogeneidad depende siempre de una peculiar constelación. Por una parte, el desarrollo económico-social, aún marchando dentro de una misma dirección, es muy diverso en los diferentes pueblos. Y, por otra parte, ese desarrollo acontece siempre dentro de configuraciones culturales muy peculiares que lo moldean en alguna forma. Para la percepción de lo que venimos diciendo no es necesario que comparemos entre sí pueblos con tradiciones y culturas histórica y geográficamente muy distantes; nos basta con observar lo que sucede en nuestros propios países, miembros todos de un tronco común. Ahora bien, la inadvertencia de este hecho fundamental ha dado lugar a graves errores tanto en la política como en la elaboración de la doctrina social. La facilidad de encontrar ejemplos nos pone aquí ante un verdadero "embarras du choix". Ya que la historia de nuestros países es por cierto muy abundante en ellos. Así, no sólo encontramos mimetismos institucionales que no han podido funcionar en debida forma, sino adopciones teóricas abundantes a las que nuestra realidad ha venido demasiado ancha o demasiado estrecha. Tuvimos, por ejemplo, sociólogos empeñados en interpretar la vida de nuestros medios con teorías elaboradas en la Sorbona por personas que nada conocían de la realidad americana o, lo que es peor, con tenaces prejuicios acerca de ella. Y no creo que fuera difícil señalar, aun en nuestros días, a algún economista o pedagogo esforzados en endosarnos sin más averiguaciones una teoría surgida de la situación económica inglesa de 1929 o determinadas normas educativas muy apropiadas para un niño que tuviera que formarse en el ambiente de una ciudad alemana o suiza. Se me dirá que no hay en esto ninguna diferencia con la adopción llevados de la moda, de ciertas filosofías o de una casa de tipo alpino dentro de un medio tropical. Sin embargo, si nos atenemos a sus efectos, las diferencias pueden ser muy sensibles. Quien se hace construir una casa con el tejado inclinado que conviene a los países con nieves habituales en una región que las desconoce, no hace más que demostrar su mal gusto o su escaso sentido funcional. Pero con ello el daño sólo se lo hace a sí mismo. Pero si alguien, guiado por ciertos estudios acerca de los efectos de la desocupación sobre la vida familiar realizados en una ciudad industrial norteamericana, pretende aplicar sus enseñanzas a la prevención de las consecuencias de un posible desempleo rural en Venezuela, no sólo se equivoca sino que sus errores pueden recaer sobre las vidas de un buen número de gentes. Debemos estar por eso constantemente en guardia frente a adopciones precipitadas de este

tipo. Pues, mientras no se demuestre en el caso concreto lo contrario, hay que suponer que en ciencia social la transferencia a una sociedad de teorías o generalizaciones provenientes de otras distintas las invalida de modo fatal. Y como esto puede sonar en menoscabo de las pretensiones científicas de la investigación social, conviene aclarar en qué sentido y por qué causas ocurre. La razón primera consiste en la extrema escasez en la ciencia social de aquella clase de teorías que corresponde por su naturaleza a lo que son las leyes de las ciencias naturales. Ciertamente se podrán encontrar en manuales y tratados de nuestras disciplinas principios formulados en forma de leyes y con pretensión de tales. Pero muy pocos podrían resistir a un análisis riguroso. Lo general es que nuestras teorías sólo tengan el carácter de interpretaciones "post factum" o de generalizaciones empíricas, ambas válidas sólo de un modo muy condicionado. Las interpretaciones "post factum" ya son por sí mismas en extremo sospechosas y pueden ser invalidadas con frecuencia. Y por lo que respecta a las generalizaciones empíricas bien inducidas, sólo son válidas desde luego siempre que se den plenamente las situaciones de hecho en que se apoyaron. La interpretación "post factum", por ejemplo, de que la angustia del desocupado forzoso disminuye su capacidad de concentración y que, por tanto, el desempleo influye negativamente en la lectura pudiera no ser cierta de ser incorrectos los hechos que se aducen, pero desde luego es plenamente inválida para un medio de analfabetos. Generalizaciones empíricas más o menos rigurosamente comprobadas se ofrecen con alguna frecuencia pero no rigen en manera alguna allí donde las condiciones de hecho varían sensiblemente. En este tiempo de uniformidades sociales que por naturaleza no son susceptibles de generalización universal es en donde con más reiteración se cometen gruesos errores. Los cuales son casi una verdadera plaga en la esfera de las interpretaciones históricas con pretensiones sociológicas. Pues con penosa frecuencia se tiende a adoptar para esos menesteres, sin previa revisión metodológica y conceptual, esquemas que se han mostrado útiles en la interpretación de procesos históricos poco o nada semejantes. ¿Qué sentido tiene aplicar al estudio de la sociedad peruana esquemas y categorías que han servido con éxito para la interpretación del desarrollo social inglés en tales o cuales de sus momentos? Repitamos, en resumen, que la heterogeneidad social y cultural es un constante reto a la originalidad del investigador y que plantea, tanto para la teoría como para la práctica, problemas que han de ser afrontados sin andaderas.

III

Los problemas de una sociedad dominada por tendencias nihilistas

Ahora bien, no sólo hemos de contar con que nuestra existencia transcurre en una sociedad crítica y heterogénea, sino que ella es también a las veces en forma muy acusada, una sociedad que se encuentra dominada por tendencias nihilistas. Podría objetársela, sin que pretendiera negarlo, que esta nota está ya comprendida en la fisonomía general de una sociedad crítica. Pues se dijo cabalmente que ésta era una sociedad desorientada y que tal cosa ocurría por no existir en ella puntos fijos que puedan guiar sin titubeos la conducta. O sea que la desorientación consiste en una confusión en los valores. Pero quiero insistir en este punto porque hay algo más que una vacilación valorativa, un simple estado de duda que paraliza la acción. Se trata de una tendencia a negar la posibilidad de toda valoración.

El hecho de enfrentarse con valoraciones diferentes y aun contradictorias, en vez de estimular el deseo de superar semejantes situaciones confusas por una revisión de actitudes que permita quizá confirmarlas de nuevo o corregirlas en la medida justa, ha conducido, al contrario, a un desánimo completo, a actitudes negativas en que nada queda como no sea la irrupción de los impulsos primarios e irracionales. El nihilismo es, así, una postura de negación radical, de plena desesperanza. Más en igual forma que antes, he de renunciar aquí a todo examen que no se limite a observar los efectos de semejante nihilismo en la ciencia social. O mejor dicho, a rastrear en los problemas que hoy nos presenta su construcción teórica las huellas de ese estado de ánimo general de negación y desesperanza. Es en este punto bien significativo que la ciencia social contemporánea haya oscilado y siga oscilando entre el postulado de la *wertfreiheit*, de la eliminación de todo juicio de valor, y la tesis que hace depender su propia posibilidad nada menos que de la existencia de valores proyectados por la misma existencia limitada del investigador. Hemos así vivido en estas últimas décadas entre la indecisión por norma o el decisionismo instantáneo como criterio de verdad. Mas entre la identificación como actitud y el decisionismo ciego hay paradójicamente un parentesco profundo, pues en ambos se perfilan gestos distintos de un mismo vacío. En lo que he denominado indecisión por norma

se trata de una postura en que, el amparo de un criterio científico que se estima estricto y riguroso, se aniquila la posibilidad de acoger la salida adecuada en una situación problemática. En los años que preceden a la presente catástrofe no era otra la posición de numerosos especialistas, y predominaba así mismo entre los profesores universitarios. Fué así como se empieza a ver ahora con claridad una verdadera desdicha para muchos países, en la medida en que malogró gran parte de sus mejores inteligencias. La posición que examinamos no pretende ciertamente ser la teoría de una vida en suspenso; antes bien, fué la idea de la responsabilidad ante la acción la que se encuentra en los supuestos de criterios de objetividad en que se apoya. Al menos en alguno de sus grandes formuladores. Con lo que, sea dicho entre paréntesis, podemos observar aquí un fenómeno que se reitera en casos semejantes. Y es el de la distinción que debe hacerse entre el contenido de verdad, mayor o menor, de una doctrina y sus efectos sociales, cuando ésta desciende de la discusión entre un grupo de inteligencias superiores y pasa a ser lugar común de hombres más mediocres. La distinción, en una palabra, de una doctrina como teoría y como movimiento social. Pues, en efecto, el acierto y justeza del criterio de la objetividad científica, en el sentido de la distinción más estricta entre juicio de hecho y juicio de valor, pueden ser discutidos y aceptados en más o en menos, pero lo que nos interesa ahora es observar cuáles son los efectos de su aceptación, quizá deformada, como actitud cotidiana, por un grupo de hombres. Podemos así prescindir, por el momento, de un examen de la validez de ese criterio. En la vida real se ha manifestado como una defensa de la indecisión al encarnarse por lo común en formas de expresión intelectual en las que es imposible apoyar una conducta. Dos de ellas son típicas. Ante la demanda de consejo para un problema concreto y urgente el experto o profesor sostenido por esta actitud solía hacer una de estas dos cosas: declarar paladinamente su incapacidad de darlo por no poseer los datos suficientes, o mostrar con escrupuloso rigor todas las consecuencias que habrían de producirse de adoptar una u otra de las alternativas posibles, pero sin pronunciarse por ninguna. En cualquier caso, el urgido de ayuda quedaba sin ella o en la peor de las confusiones y sin saber a qué atenerse.